



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL CICLON DEL 26

Indiscutiblemente, el fantasma que surge amenazador por estas latitudes apenas asoman su faz cubierta de brumas los meses otoñales es el de los ciclones.

Cierto es que no en todos los casos, tales huracanes cruzan por encima del suelo cubano, pues aunque el Padre Viña, hace muchos años, dictó unas leyes a fin de ir calculando su proceso de traslación, dichos meteoros no son muy apegados a tales preceptos y frecuentemente incurren en notorias rebeldías.

Nuestros abuelos recordaban con ojos extremadamente abiertos por el espanto, el famoso temporal de Santa Teresa y el cordonazo de San Francisco, desatados ambos en las fechas de dichas festividades, pero nosotros vamos a referirnos solamente a los ciclones más célebres que nos han azotado en la era republicana, si bien debemos de advertir que de aquel del año 1906, a raíz de la revolución de los "caballos mochos" contra el gobierno de Don Tomás, apenas si guardamos una ligera noción.

* * *

Recordamos sí, aunque perdidos en los ya lejanos tiempos de nuestra niñez, los huracanes que cruzaron por La Habana, acompañado uno de ellos de un furioso ras de mar, en el año 1909, a los pocos meses de haber tomado posesión del gobierno el general José Miguel Gómez. Como al año siguiente, en 1910, se repitió fatalmente la dosis, no faltaron conservadores furibundos que tildaban de "ñeques" a los liberales. Otro temporal que dejó entre nosotros un doloroso recuerdo fué el de 1919 llamado el del "Valbanera", que aunque su centro no pasó por la misma capital, en su irregular recorrido engañó al capitán del viejo trasatlántico que encontró su tumba en el fondo de los mares, cerca de Key West.

El 1 de septiembre de 1933, a los pocos días de la caída del régimen machadista, se izaron señales de mal tiempo a lo largo de toda la isla. El ciclón atravesó las provincias centrales, pero donde mayores efectos causó fué en la propia Ha-

vana, ya que se llevó nada menos que a un Presidente, el doctor Carlos Manuel de Céspedes, quien ocupaba provisionalmente dicho cargo desde el 12 de agosto y había ido a socorrer a los damnificados de Sagua y Caibarién. En semejante labor se hallaba enfrascado, cuando lo sorprendió el golpe del 4 de septiembre.

En 1944, casi a las pocas horas de tomar posesión del gobierno el doctor Ramón Grau San Martín se nos presentó otro temporal de larga duración, pues dos días con sus respectivas noches mantuvo su implacable flagelo y cuatro años más tarde, en 1948, sufrimos por partida doble los efectos excitantes de las recias ráfagas amenazadoras. Al primero, cuando se le esperaba, se perdió de la vista de sus observadores y nos vinimos a enterar de su trayectoria al pasar el pelirrojo y el segundo, se apareció por sorpresa sin que nadie contara con él.

* * *

No obstante, alterando el orden cronológico he-

mos dejado para finalizar esta sencilla narración, el llamado ciclón del 26, el único en los últimos cincuenta años, cuyo vórtice pasó por esta ciudad, ocasionando grandes estragos.

Aquella noche del 19 de octubre de dicho año se presentó con mal cariz. Torrenciales aguaceros de manera intermitente caían sobre La Habana y sus alrededores y los continuos partes meteorológicos de Millás y Goberna, desde los Observatorios Nacional y de Belén, que transmitían a cada minuto la estación radiofónica P. W. X. de la Cuban Telephone por las voces de sus locutores O'Farrill y Falcón hacían más sombrío el panorama. Sin embargo, alguna gente joven, teniendo en cuenta recientes fiascos recibidos a despecho de parecidos augurios pesimistas, salió a la calle en son de fiesta, con objeto de "correr el temporal". A media noche, el aspecto del tiempo presentábase más imponente. Nosotros fuimos a recalar, como hacíamos siempre a tales horas, a un pequeño cabaret, sin grandes pretensiones, situado en la esquina de Amistad y Barcelona, llamado "El Infierno". En un ángulo del salón había un sector bautizado con el sugestivo nombre de "rincón caliente" y que resultaba el punto de cita obligado

de artistas y periodistas trasnochadores. Esa noche, en cambio, lucía muy contada la clientela: Antonio López de Loyola, el popular "Calvo" López, bohemio impenitente, hacía compañía al periodista César Faget, perteneciente a la redacción de EL MUNDO y repórter de guardia en tales instantes, cuando llegamos nosotros. También habían algunas amigas cuyos nombres no vamos a citar, más que nada por galantería, pues no estimamos correcto recordarle a unas damas ciertos hechos de los que ellas fueron protagonistas o testigos hace treinta años.

Continuaba lloviendo a cántaros y las ráfagas cada vez eran más potentes y repetidas. Salimos del cabaret los que estábamos sentados en aquella mesa con intención de recorrer la ciudad en la pequeña máquina que Faget usaba para sus reportajes. Nos aventuramos por la Quinta Avenida, pero se hacía imposible continuar semejantes andanzas. Tratamos de volver hacia La Habana y el viento, con fuerza insospechable detenía en seco aquel automóvil que trataba de abrirse paso a toda velocidad. Al fin pudimos entrar en el Vedado y a través de sus calles más estrechas el vehículo logró continuar su camino. El temporal estaba en todo su apogeo y el silbido que producía el aire al cruzar quedó retenido en los oídos de los habaneros durante muchos años.

Aproximadamente a las diez, repentinamente todo cesó y el cielo lució diáfano azul. ¿Qué fenómeno era aquel? Poco había que saber de estas cosas para darse cuenta de que el vórtice del huracán pasaba sobre nosotros y pocos minutos después se desataban de nuevo las furias de los elementos, aunque el viento soplaba en opuesta dirección.

Grandes destrozos causó el meteoro en nuestra capital que quedó sin luz, sin comunicaciones, sin agua y para colmo de males, por la noche, un horroroso incendio en la refinería Belot, en Regia, deba al ya tenebroso aspecto de La Habana, ribetes infernales.

